

La incoherencia productiva según Ilene Grabel: un concepto para una época de cambios¹

The productive incoherence according to Ilene Grabel: a concept for a time of change

Andrés Arauz²

El planteamiento principal del libro de Grabel es que se está viviendo una época de incoherencia productiva en el ámbito de la gobernanza financiera internacional. De hecho, el título de su libro traducido al español es “Cuando no se desmorona: gobernanza financiera global y finanzas para el desarrollo en la era de la incoherencia productiva” [traducción libre]. Grabel plantea que a pesar de que no se han dado transformaciones sisté-

micas en la organización del poder en el sistema financiero internacional, se empiezan a ver una serie de iniciativas sueltas, alternativas y complementarias, en definitiva, incoherentes con el orden hegemónico vigente e incoherentes entre sí. Asimismo, Grabel nos muestra cómo estas iniciativas –nuevas instituciones, nuevas alianzas dentro de las viejas instituciones, nuevos instrumentos de política y nuevas consideraciones epistémicas– contribuyen “a sentar la base de un desarrollo robusto, participativo y sostenible” (729). La incoherencia productiva es un concepto muy útil para entender la ola de cambios sucesivos y aparentemente desconexos que están marcando la realidad económica internacional actual.

Para asentar el virtuosismo de la incoherencia, Grabel recupera exitosamente la perspectiva teórica del desarrollo de Albert Hirschman, en lo que constituye el segundo capítulo. Insiste a lo largo del

¹ Grabel, Ilene [2018], *When Things Don't Fall Apart: Global Financial Governance and Developmental Finance in an Age of Productive Incoherence*. The MIT Press, pp. 400. Cambridge, US. 2018. ISBN-13: 978-0262037259, ISBN-10: 0262037254. libro electrónico.

² Doctorante de Economía, DEP- UNAM andres@arauz.ec

texto que el cambio no está en una receta de un gran plan, y que el potencial para un cambio duradero está en lo dispar, en lo no planificado, en lo experimental y no en un “ismo” que busque remplazar al asediado neoliberalismo. La recuperación de Hirschman es, sin duda, un importante aporte heterodoxo a las ciencias sociales –la historia, la ciencia política y la economía internacional– que estudian las finanzas y el desarrollo.

Grabel es consciente que estas innovaciones dispares no están, ni de lejos, sustituyendo al orden hegemónico neoliberal ni derrocando a instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI). Pero ella sí rescata que la serie de innovaciones no-neoliberales, aún en coexistencia con el orden neoliberal, han ampliado el alcance geográfico, la influencia y el margen de política pública de los sectores subalternos que no se hubiera podido pensar en la era neoliberal (747). A diferencia de lecturas simplificadoras que sintetizan todas las

innovaciones alrededor del surgimiento de China como nuevo hegemón, Grabel es más meticulosa y en el capítulo seis describe las innovaciones en la banca de desarrollo, explora adecuadamente las realidades regionales y analiza las experiencias nacionales. Su postulado Hirschmaniano es acertado, pues a partir de experiencias propias podemos atestiguar que innovaciones alternativas regionales funcionaron como amenazas creíbles al orden hegemónico. Además de lo detallado por Grabel respecto a América Latina, ante la amenaza del fallido Banco del Sur, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) eliminó la condicionalidad cruzada con el FMI y la Corporación Andina de Fomento se reempaquetó como el Banco de Desarrollo de América Latina.

Para fundamentar su planteamiento, Grabel organiza el resto del libro en reflexiones a partir de casos empíricos exhaustivamente investigados y documentados. Se podría decir que, por su soporte

teórico, su estilo literario también es Hirschmaniano. El lector tiene la sensación que recorre un camino constantemente sinuoso. En cada sección de cada capítulo Grabel concede puntos sustanciales a los continuistas –los que afirman que no ha cambiado nada– y luego procede a evidenciar los detalles, de forma crítica, que los continuistas no suelen poner atención. En el capítulo tres, comienza mostrando la evolución institucional que ocasionó la crisis asiática hacia instrumentos regionales de mayor transcendencia. En el capítulo cuatro nos relata los resultados institucionales posteriores a la crisis financiera global de 2008: principalmente la creación del G-20 y del Consejo de Estabilidad Financiera (FSB, sus siglas en inglés). En este capítulo nos ilustra como a pesar de que se crearon estos nuevos espacios de gobernanza, el orden hegemónico sigue imperando, pero a la vez, han abierto oportunidades de deliberación y

coaliciones otrora imposibles o invisibilizadas.

El capítulo cinco está dedicado a una lectura a detalle de la incoherencia productiva que ocurre el FMI. Grabel resalta los brotes de producción académica incoherente con el pensamiento neoliberal que se producen en las áreas de investigación del FMI pero deja claro que en las áreas de política –quienes otorgan los créditos y exigen las condicionalidades– la tesis de los continuistas es abrumadora. En particular, resalta la apertura de pensamiento del FMI con relación a los controles de capital. Es éste el ámbito en el cual Grabel se expresa con máximo convencimiento con relación a la incoherencia productiva. Antes de este libro, Grabel ha escrito prolíficamente sobre la incoherencia productiva al referirse al pensamiento y a las prácticas relativas a los controles de capitales. El capítulo siete es una obra maestra en la que describe la evolución histórica y los detalles de las medidas

innovadoras utilizadas a partir de la crisis global de 2008 y las consecuencias que han tenido sobre la episteme. Pero Grabel no solo se queda en la dimensión teórica, ella explora las implicaciones que la experimentación de los controles de capital tienen para el desarrollo y la situación concreta de las personas. Para quienes compartimos su visión de desarrollo, la conclusión de la autora nos deja una esperanza Hirschmaniana pero también nos deja con riesgos de nacionalismos excluyentes resultantes de estas incoherencias.

Y es justamente en la exclusión y los nacionalismos que parecen constar dos omisiones en la obra de Grabel. La autora es clara en definir como “gobernanza” al papel de los actores estatales, pero en su texto parece omitir el papel preponderante de los representantes del capital financiero —el poder *de facto* de los megabancos transnacionales a través de cabildeo, chantaje y corrupción en su relación con los actores

estatales— para reprimir incoherencias y garantizar la vigencia del orden hegemónico imperante. Por otro lado, retornando al marco de los actores estatales, sorprende que Grabel, quien es profesora de finanzas internacionales en la Escuela de Estudios Internacionales Josef Korbel en la Universidad de Denver, omita el papel de las sanciones financieras de inspiración geopolítica (e incluso judiciales como las del Juez Griesa contra Argentina) derivadas del “privilegio exorbitante” de Estados Unidos como incentivos —y desincentivos— Hirschmanianos a las iniciativas incoherentes en la gobernanza financiera global.

Aunque inicialmente se podría considerar como una tesis poco arriesgada, Grabel logra sustentar exitosamente su planteamiento de la incoherencia productiva en la gobernanza financiera global. En todo el texto es fiel a su planteamiento inicial. Grabel no menoscaba en sustentar minuciosamente su investigación mediante abundantes

referencias bibliográficas y notas explicativas. Su redacción está llena de humildad y apertura que dialoga con las distintas corrientes de pensamiento económico; con grandes dosis de profesionalismo se adelanta a la crítica para profundizar en su tesis. Es una

lectura recomendada para los estudiosos de la economía política internacional y obligada para negociadores en foros económicos internacionales.